

Trabajo preparado para su presentación en el VII Congreso
Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación
Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP)
Bogotá, 25 al 27 de septiembre de 2013

Subjetividades emergentes: los *jóvenes* como *pueblo*

Fabiana Martínez

Fabianam@arnet.com.ar

Proyecto de Investigación: Democracia participativa y militancia juvenil.
Una mirada desde el sur.

Director: Dra. María Susana Bonetto

Investigadores: Silvina Irusta

Virginia Tomassini

Fabiana Martínez

Resumen

Desde una perspectiva del análisis del discurso, el presente trabajo indaga acerca de las modalidades emergentes que en el discurso kirchnerista –y en contraposición con los discursos neoliberales de la década anterior– interpelan al colectivo “jóvenes” como *militantes*, y por lo tanto parte fundamental de un *pueblo*, que emerge además en el contexto del relato de un *pueblo dañado* (Muñoz, 2010). Esto se vincula con una nueva hegemonía discursiva en la cual se resignifica la política como práctica de transformación –lo que hace posible el retorno de la fórmula de la *militancia/militante* que sustituye al *yuppi-joven problema*–, la dimensión adversativa de la discursividad y por lo tanto epopéyica de la acción política, en un contexto de transformaciones sociales y políticas en las que otros acontecimientos (políticas sociales, sanción de leyes, etc.) otorgan un lugar privilegiado a la “nueva militancia juvenil”. En este caso, presentamos un análisis basado en la realización de entrevistas en profundidad, lo que permite considerar cómo el discurso de los propios jóvenes ha resignificado estos tópicos que estructuran su posición como *militantes*, los sentidos de sus prácticas, y de sus vínculos con el tiempo político, el territorio y el estar con el otro.

Emergencia y consolidación de una nueva subjetividad política: los jóvenes y el kirchnerismo

En tiempos recientes en Argentina ha sido visible el retorno de los jóvenes a la política, en la forma de una participación sostenida en diferentes partidos, organizaciones y movimientos. Este fenómeno forma parte de un proceso más amplio de paulatina “politización” de lo social que se ha dado en nuestro país a partir del año 2001, intensificándose a partir del 2003 con la gestión kirchnerista¹, que marcó con firmeza la prioridad de decisiones políticas vinculadas a un contenido igualitario por sobre el “ajuste estructural”, restituyendo así capacidad de decisión a las instituciones del Estado, junto a una retórica de la convicción y las pasiones que provocó rápidos efectos de reconocimiento entre distintos sectores de la sociedad.

En contraste con la despoltización dominante en la década previa en la que hubo un abandono de lo público y una retracción generalizada de la ciudadanía hacia los espacios privados, los jóvenes aparecen ahora como nuevos actores políticos, en un proceso que los muestra cada vez más comprometidos con distintos proyectos políticos post-neoliberales. Paulatinamente y sin pausa, desde la llegada de Néstor Kirchner al poder comenzó a circular en los discursos políticos y mediáticos la fórmula de la “militancia”/“los militantes” para referir a este proceso, fórmula discursiva que amalgama pasado y presente, al recuperar y resignificar un término de la década del 70 en el marco de procesos políticos del presente. Consideramos que este proceso, que ha ido sedimentando desde el año 2001, tiene como condición de posibilidad la emergencia de una nueva identidad política —el kirchnerismo— que generó retóricas y un pathos general de “re-encantamiento de la política”, en la que ésta —y también el *Estado*— aparecen resignificados como espacios válidos de cuestionamiento al orden dado, de transformación de lo social, de anudamiento de demandas antes excluidas y de reparación general de un *pueblo dañado*.

Decimos esto porque el kirchnerismo, a diferencia de otros partidos, se trata de una fuerza que interpeló en sus discursos particularmente a los “jóvenes” como “militantes”², definiéndolos entonces como un colectivo politizado y relevante en el sostenimiento del “proyecto nacional y popular”, análogos a la “generación del 70” y sus “ideales revolucionarios”. Un conjunto complejo de cuestiones se vincula con este proceso. Uno de los mecanismos discursivos significativos en la construcción de esta particular interpelación se vincula con el nivel de la enunciación, uno de los lugares en los que se construyen los sujetos y sus vínculos (Verón, 1987). Como ha señalado Ana Montero, una polifonía discursiva sostiene en los discursos presidenciales un enunciador de ethos militante, con una cierta concepción de la política vinculada a la intransigencia, el sacrificio personal, el litigio, la dimensión epopéyica de la lucha,

¹ Proceso y que significó el paso del amplio repudio ciudadano del año 2001 respecto a la política (“que se vayan todos”) al rápido consenso e inéditos índices de adhesión que logró la figura de Néstor Kirchner al poco tiempo de haber llegado a la presidencia.

² Lo que era una novedad discursiva, si consideramos que este término no tuvo presencia ni en la transición democrática ni en la década del 90 en los discursos presidenciales. Alfonsín sí interpeló a los “jóvenes”, pero no en la particular condición de “militantes”, sino como parte de una ciudadanía vinculada a garantizar los procesos de democratización de las diferentes instituciones sociales, siendo equivalente a cualquier otro colectivo definido al interior de esta ciudadanía (*trabajadores, profesionales, etc.*). Esto se entiende en el marco de una hegemonía articulada en torno al significante *democracia*, que da lugar a estas posiciones de sujeto. Este “joven”, por otro lado, no tenía ningún linaje con la “generación del 70” puesto que ésta era negativamente configurada en el discurso alfonsinista, al considerar que por su extrema violencia había sido la causa de la dictadura militar. Tampoco aparecen en el contexto de la hegemonía neoliberal, en la que predominó el desplazamiento de lo público a lo privado, y el predominio de la autorrealización individual competitiva por sobre los lazos colectivos y de solidaridad. En el caso del kirchnerismo, el significante privilegiado es “inclusión”, lo que tiñe además de contenido igualitario las interpelaciones identitarias presentes en su discursividad.

valores propios de los ciertos discursos de los 70. Hemos analizado en otros trabajos cómo este ethos resulta ser la primera operación discursiva de una interpelación subjetivante (en el sentido althusseriano), la puesta en escena de un *llamado* que toma como fundamento la propia “biografía ejemplar” de Néstor Kirchner, quien propone su enunciación como el espacio imaginario especular de una militancia que “llega” con sus ideales y convicciones intactas. Se trata también de una operación en la que se construye a sí mismo en relación a formas de hacer política que establecen una frontera con los 90 y el neoliberalismo, inaugurando así el espacio para nuevas identificaciones posibles. Ya desde la campaña electoral (marzo, 2003) es posible encontrar en el inicio de sus discursos una rememoración autobiográfica que construye el “pasado militante” de su propia juventud: *Hace más de treinta y un años me encontraba en esta casa, con compañeros y compañeras de aquella generación del 70...con muchos jóvenes como los que veo atrás. ... Me parece ver aquellos rostros que me acompañaron y hoy no están por aquel proceso dramático de la dictadura militar*” (24/03/03). Como puede verse, en este dispositivo de enunciación, el *militante* de ayer es el *político* de hoy, con toda la melancolía que implica la figura del retorno. Ese pasado no está clausurado, y se constituye en un principio activo de inteligibilidad del presente: de su propia acción política, y de los jóvenes presentes y particularmente interpelados. El dispositivo de enunciación que se inicia con este “modelo de llegada” al poder desde la militancia, construye un colectivo de identificación que establece un lazo simbólico de simetría con “otros” de hoy que como “él” (antes joven, también militante) son convocados a una participación transformadora; estableciendo una relación de reconocimiento (y por lo tanto de nominación instituyente) con la generación del 70 y enlazando a la juventud actual como la posibilidad eventual de recuperación de ese pasado revolucionario y caracterizado por las luchas por la igualdad. En particular, este dispositivo aparece en aniversarios vinculados a la memoria de la dictadura militar, y no es ajeno a la convocatoria y el consenso que provocó entre los grupos de jóvenes más politizados en los 90 (como HIJOS) la política de la memoria sostenida por Néstor Kirchner, basada en la eliminación de las leyes de indulto y obediencia debida que dieron lugar al inicio de los juicios “de la memoria”, resignificando así una demanda largamente sostenida. Esto implica también la configuración de un antagonismo (con los militares) que configura la identidad kirchnerista a partir de una frontera con este pasado autoritario. Así, la interpelación pone en juego la simetría, pero también una identificación reforzada en la definición de una misma exterioridad, de un mismo “pasado imposible”, que comienza a marcar un nuevo campo de juego dicotomizado: “ellos”/“nosotros”. En este proceso, hay fuertes huellas del discurso de los jóvenes que, durante los 90, habían mantenido la demanda de juicio y castigo a los militares, y en cierto sentido, es posible hablar de una re-significación (Barros, 2012) de este lenguaje político que reforzó la interpelación que el propio gobierno después destinó a todos los “jóvenes argentinos”. Las propias organizaciones formulan, aún en la actualidad, este principio identificatorio que se generó en el año 2003 y que no cesa de reafirmarse en su reiteración³.

³Declaraciones de una militante de Hijos, en diario Página 12 (15/03/12): “En 1995, hace 17 años decidimos juntarnos y organizarnos. En 2003, por primera vez, un presidente pidió perdón en nombre del Estado y tomó la decisión histórica de terminar con la impunidad de los genocidas, cómplices, ideólogos y beneficiarios... Hay determinados sectores que permanentemente critican a la juventud y estigmatizan la militancia. La política ha vuelto a ser la herramienta para transformar la realidad, y una gran cantidad de jóvenes se ha volcado a la militancia. La participación política es garantía de calidad democrática y la única posibilidad de construir nuestra voz como sociedad, en lugar del discurso único de las empresas periodísticas que hablan desde sus intereses y necesidades”.

Así, fue particularmente interpelativa la construcción de un líder que casi como un “hombre común” se empeñó en la transformación y en la presentación misma de su acción como un incansable trabajo político diario. Este “hombre común” a veces es “militante” y a veces encuentra representaciones más heroicas lúdicas y soñadoras- en todos los casos vinculadas a la defensa de los valores colectivos, la transformación audaz, la lucha y la entrega, imágenes que han sido también muy eficaces en la interpelación a los jóvenes: en las imágenes del “Nestornauta” que pueden verse en las paredes de las ciudades argentinas marcadas con palabras de agradecimiento de parte de los “militantes”; en la biografía del filósofo Juan José Feiman que desde su mismo nombre (*El flaco*) configura retroactivamente la imagen del *político militante* que lucha hasta la muerte. Ambos casos, además, connotan activamente también a “los 70” como el pasado canónico y ejemplar de las luchas colectivas por la igualdad.

Así, desde el principio, los jóvenes fueron convocados de manera privilegiada, y puestos en lugar de “sujetos políticos” ennoblecidos por el linaje que el propio discurso kirchnerista construía con la “generación del 70”. Por otro lado, múltiples decisiones como la orientación de nuevas políticas sociales orientadas a adolescentes y jóvenes, el apoyo al trabajo territorial, la inversión en educación pública, la crítica a las políticas policiales de “tolerancia cero”, la sanción de numerosos derechos (la aprobación de la Ley de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes, la Asignación Universal por Hijo, la habilitación del voto optativo a los 16, la Ley de Matrimonio Igualitario) y el acceso de nuevos referentes a cargos políticos consolidaron el crecimiento y la presencia cada vez más activa de los jóvenes en numerosas agrupaciones territoriales, universitarias, secundarias, gremiales, etc.

En cierta forma, el kirchnerismo fue capaz de generar una nominación eficaz, resignificando simultáneamente tanto el “ser joven” (y sus modos de “estar con”) como a la política misma (la nueva política, la *invencción*), planteando así un lazo particular entre ambos significados. Esta nominación produjo reconocimiento y efectos performativos y se vio reforzada por el poder particular de la “soberanía ampliada” que da el Estado al sujeto que nombra, en innumerables reafirmaciones de los derechos de un colectivo que –antes- sólo había sido nombrado en términos de la “eficacia del mercado” (*yuppie*) o del estigma de la “criminalización” (*el pibe-chorro*). Para que este proceso pudiera darse, fue necesario resignificar a la política como espacio legítimo de transformación y lucha por la igualdad, anudando al mismo tiempo a “los jóvenes” en esta afirmación.

Consideraremos entonces, en primer lugar, este contexto de “reencantamiento de la política” que ha hecho posible la institución de esta nueva subjetividad (*jóvenes que militan*) para considerar luego el discurso de los jóvenes y el modo en que éste engarza con un “estado más amplio del discurso social” y de sus dominancias (Angenot, 1989), provocando así un espacio para la circulación de nuevas fórmulas que resignifican la política (sus tiempos, su axiología) y el Estado. En este sentido, desde nuestra perspectiva, ni los jóvenes son una identidad previamente constituida que viene a incluirse en un campo dado ni el discurso de las entrevistas puede encararse como la autodefinition esclarecida de un sujeto, o la expresión de una voluntad individual. En una perspectiva semiótica, que presta atención a la dimensión simbólica constitutiva de los fenómenos sociales, y que aborda al discurso como el horizonte mismo en el que se estructuran los sentidos de lo social, encaramos en general las discursividades como zonas en las que van configurándose las condiciones para la constitución afirmativa de una nueva lógica política y de inteligibilidad (y por lo tanto, eventual reconocimiento) de nuevos sujetos políticos. En particular, sostendremos una perspectiva narrativa acerca de la subjetividad, prestando particular atención a los mecanismos simbólicos

implicados tanto en la “interpelación” (Althusser/Pêcheux) como en la “identificación/resignificación” (Butler)⁴ en el contexto de lógicas populistas que han provocado en la última década en Latinoamérica condiciones para la emergencia de nuevos sujetos políticos, vinculados al “nombre del pueblo”.

Los “jóvenes militantes” emergen en estrecho vínculo con la paulatina articulación de este nuevo orden simbólico después de la crisis del 2001, que supuso la dislocación de esta hegemonía neoliberal que había transformado, profundamente, (capilarmente, en términos foucaultianos), los procesos de subjetivación en amplias esferas sociales e institucionales. La dislocación trajo también la posibilidad de la emergencia del acontecimiento, es decir, la posibilidad de apertura hacia un nuevo espacio por el declive de un sujeto mítico neoliberal (digo: mítico en el sentido de Laclau⁵), espacio de novedad en el que nuevos lenguajes, interpelaciones y sujetos fueron posibles. Este acontecimiento derivó en los años siguientes en la constitución de una nueva identidad política, el kirchnerismo. Esta fuerza, tanto como los múltiples procesos de politización que promovió, enfrenta numerosas resistencias a la vez que ha sido capaz de provocar dominancias en las que se afirman nuevos lenguajes y se sedimentan prácticas y contenidos de un nuevo orden.

Como ha señalado Paula Biglieri, la hegemonía neoliberal abrió una etapa rutinizada en torno al significante “estabilidad” que respondió a una de las demandas ciudadanas más extendidas a principios de los 90: la lucha contra la hiperinflación. Así, “reflejada en el espacio imaginario que devolvía la imagen de una pertenencia al primer mundo, asoció el orden democrático al mercado y los derechos ciudadanos al consumo”. Y relegó las nociones de “justicia social” y “derechos humanos”. Al plantear a la política como un espacio primordial y privilegiado, Kirchner cambió drásticamente algunos preceptos fundamentales de esta hegemonía, a saber, el privilegio del mercado por sobre la política, y la noción de que nada podía contra el rumbo de las cosas porque nada podía hacerse en contra de las leyes del mercado. A pocos días de haber asumido, el relevamiento de la cúpula completa del Ejército, de la Corte Suprema de la Nación (constituida por jueces menemistas), la confrontación con las empresas transnacionales y privatizadas (como el grupo Shell), la renegociación de la deuda externa y su posición latinoamericanista marcan una ruptura con la política menemista de los 90. Nuevos tópicos reaparecen: *pueblo vs. empresas, nación vs. imperialismo, memoria vs. olvido, público vs. privado, soberanía vs. dependencia*. Muchas decisiones confirmaron este rumbo, en el cual la acción política provocó una afirmación de la igualdad y un reconocimiento del *pueblo dañado* (la reestatización de las jubilaciones, la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, la Asignación Universal por Hijo, la Ley de Matrimonio Igualitario, la Ley de Identidad de Género, etc.) haciendo cada vez más inverosímiles las propuestas de una regulación tecnocrática de los asuntos sociales.

⁴ Es decir, nos inscribimos en la tradición teórica que, desde V. Voloshinov a J. Butler, afirma que todo sujeto (individual) es siempre-ya social, y que en este *devenir sujeto* son constitutivas las instancias imaginarias, simbólicas, discursivas, etc.

⁵ También una concepción del sujeto algo foucaultiana: *Todo sujeto es un sujeto mítico. Entendemos por mito un espacio de representación que no guarda ninguna relación de continuidad con la “objetividad estructural” dominante. El mito es así un principio de lectura de una situación dada... La condición “objetiva” de emergencia del mito es, por ello, una dislocación estructural. El “trabajo” del mito consiste en suturar ese espacio dislocado, a través de la constitución de un nuevo espacio de representación. La eficacia del mito es así esencialmente hegemónica: consiste en constituir una nueva objetividad a través de la rearticulación de los elementos dislocados. El sujeto neoliberal se hace posible tras la dislocación de una hegemonía vinculada a la “democracia”, éste sujeto se articula en cambio en torno al “mercado”, y su vigencia hasta el año 2001 es indiscutible, se vincula con el debilitamiento de los espacios públicos, el desprestigio de la palabra política, las retóricas anti-estatales y anti-políticas, la promesa de autorrealización individual y posesiva, etc.*

También María Antonia Muñoz ha marcado esta apelación a la reparación plena, la “inclusión de todos los argentinos”, que fundamentalmente ofrece el Estado, como el reconocimiento de un daño ya desde los primeros meses de gobierno, en la restitución, por ejemplo, de las políticas sociales de tipo universal. Esta promesa de reparación abre la posibilidad a nuevas acciones orientadas a ampliar los derechos y plantea como reflejo a una sociedad que se concibe a sí misma como una “comunidad”. El “modelo neoliberal” es puesto en la enunciación como lugar de la fuerza antagónica, contrastando así con un Estado que declaraba su impotencia frente a los procesos de mercado y las reivindicaciones de desigualdad que éste generaba.

Para Rinesi, la “novedad” del kirchnerismo se asienta en tres cuestiones que se vinculan con lo que venimos diciendo. La primera es el retorno de la política, que había sido desplazada en los 90 por el poder de las corporaciones, el discurso de los economistas y la estética de los medios. Más específicamente, este autor alude a un retorno de la “palabra política”, antes restringida a los expertos y economistas. La segunda es la recuperación de los derechos, de “un conjunto específico y creciente de derechos que les permiten ejercer una forma efectiva y cierta de ciudadanía” (2011) Esta recuperación es importante porque “ha generado las condiciones para que esos derechos puedan ser percibidos por los ciudadanos como tales, al tiempo que como condiciones para hacer pensables, exigibles y efectivos otros derechos que sobre la base de esas conquistas primeras pueden ir incorporándose ahora a un repertorio cada vez más exigente y vasto” (2011). El tercer elemento es que el Estado se ha convertido en el actor principal del movimiento de promoción y afirmación de la igualdad, mientras que inesperadamente viene de ciertos sectores privilegiados de la sociedad el rechazo a la ampliación de la lógica igualitarista, de expansión de derechos y universalización de la ciudadanía. En vez de aparecer como el momento de superación del conflicto, de la acción negativa, de clausura de potencialidades o de policía, el Estado aparece articulando de manera novedosa la lógica democrática de la expansión de derechos con el funcionamiento “jacobino”.

En síntesis, el kirchnerismo ha configurado a la política y al Estado como espacios capaces de modificar las reglas de juego, ha evidenciado su poder al hacer-hacer a otros y ha garantizado que la promesa de reparación se traduzca en transformaciones de al menos algunas de las condiciones materiales de los sujetos (en términos de reglas de juego, acceso a recursos, mejora de condiciones institucionales, simbólicas, etc.), poniendo en cuestión permanentemente los sentidos (a menudo, de inmodificabilidad) que en la hegemonía neoliberal construían los límites de la política. Así, una primera y relevante operación ideológica/discursiva es la reformulación de la frontera Estado/mercado (o política/economía) que permite una nueva afirmación performativa: *la política puede gobernar*, y puede gobernar *en el nombre del pueblo*. Su primera operación es la discusión de los objetos tal cual están dados (según la doxa neoliberal); la segunda, su acción (reparadora, inclusiva, emancipatoria) sobre ellos –a favor del *pueblo*-. En esta discusión, los límites que el realismo tecnocrático le imponía a la política son permanentemente puestos en cuestión; en un proceso inverso al del neoliberalismo, cada vez más cuestiones sociales son pertinentes a la política, y fundamentalmente, a la pregunta por la igualdad.

Esta frontera con el neoliberalismo se configura a partir de un conjunto de operaciones discursivo/ideológicas que han sido capaces de provocar numerosos efectos de sentido, sobre todo en relación a los límites de la política y de sus instituciones. La noción de la política como pura gestión técnico-administrativa, sometida a las prescripciones de la economía globalizada, que interpela a los sujetos en términos individualistas y posesivos; noción que excluye (en el sentido de que no logra nominar)

las entidades colectivas, el conflicto o el “pueblo” pues provoca el imaginario de una comunidad sin disidencias bajo la conducción de las verdades indiscutibles de los expertos económicos, es fuertemente puesta en cuestión, ya desde los inicios de la gestión. El kirchnerismo ha construido su identidad en base a una relación adversativa (en el sentido de Verón) con estas tópicos, enfrentando las “retóricas antipolíticas” propias del neoliberalismo, y cuestionando además su “régimen de verdad”. En este caso, la política gobierna, designa a sus adversarios, cuestiona sus nominaciones y lleva adelante un litigio del cual dependerá la realización de algún derecho.

Como han señalado también otros autores desde la lectura posfundamento, el kirchnerismo ha hecho posible la emergencia de nuevos sujetos políticos y ha generado un proyecto emancipatorio (Aznar y Vargas). La construcción de cadenas equivalenciales en oposición a un Otro encarnado por diversos grupos de poder (político, económico, mediático) genera voluntades colectivas y profundiza la democracia, al generar estas equivalencias un “gran campo de batalla”. Para estas autoras, al establecer una ruptura con la repetición, con lo dado, se provoca la emergencia de una “nueva lógica política”, promoviendo el debate en los espacios públicos y posibilitando la participación en el tejido social. En esta ruptura, son fundamentales una resignificación del Estado (que tiene una “acción reparadora”) y “un modo singular de saber hacer con el antagonismo”. En la apertura a nuevos discursos y espacios, el sujeto neoliberal entra en declive y emergen nuevos modos de lo común: se trata de una “invención colectiva de modos de decir no al goce capitalista, instituyendo un nuevo modo de ser-con-los-otros mediante la construcción del lazo social y la articulación hegemónica de sujetos políticos heterogéneos”. Esta nueva forma de estar con- no es ajena a la imagen de “comunidad” que, según María Antonia Muñoz, performa la promesa de reparación e inclusión del Estado. Y la noción de “comunidad” interpela, inmediatamente, a la de “igualdad”...

El goce capitalista de la mercancía y de la imagen que mencionan estas autoras se vincula con las interpelaciones subjetivantes de los 90, organizadas en torno al *mercado y la lógica de intercambio competitiva*. ¿Qué subjetividades se vinculan con esta concepción de la política sostenida en la hegemonía neoliberal? Como ha señalado Carlos Durán (2012), los 90 se caracterizaron por una cierta actitud de los jóvenes respecto a los asuntos públicos en general y de la política en particular, caracterizada por la desafección y la falta de interés. Se impuso un modelo de democracia basado en los “consensos” vinculados a la producción de acuerdos que garantizan la gobernabilidad, en el contexto de una “revolución pinochetista” altamente exitosa en la incorporación de un ethos afín a los principios neoliberales de autorrealización individual en el mercado. Para este autor, la “política de lo posible” derivó en una gestión de progresiva despolitización, ya que una identificación con lo realmente existente la convirtió en un espacio puramente administrativo de resolución de problemas y de lo dado. Frente a las lógicas sistémicas del mercado se disuelven los espacios de acción social, y hay un giro en las dinámicas de subjetivación: de lo colectivo a lo privado, de la transformación a la autorrealización. Los jóvenes se recluyen en sus mundos privados y de consumo, en un marco general de privatización de la vida pública. En términos de Juan Carlos Gomez Leyton (2006), el neoliberalismo se define como un régimen marcadamente anticidadano, que intenta terminar con la ciudadanía “marshalliana” vinculada a la defensa de los derechos sociales, económicos y políticos, para dar lugar a “ciudadanos electores”. Los valores de competencia y eficacia rigen las relaciones sociales y surge una “cultura neoliberal”, con una nueva ciudadanía (conservadora, fragmentada, competitiva, conformista, individualista, mediática, patrimonialista).

En nuestro país, durante los 90, se dieron condiciones análogas. Nuria Yakowbski (2007) ha señalado cómo el mercado postuló al “consumidor” como la nueva identificación colectiva, lo que genera un individuo (potencialmente) desentendido de la cosa pública. El panorama actual contrasta con estos diagnósticos: en Chile, el movimiento estudiantil ha sobrepasado con fuerzas su demanda específica para irrumpir en el espacio público con un reclamo en torno a un objeto que implica la constitución de un nuevo lenguaje político, “el fin del lucro”, el que a su vez claramente establece una diferencia respecto a las concepciones pinochetistas liberales.

Hoy, nuevas formas de estar con el otro se articulan. En el discurso de los “pibes militantes” resalta, como veremos a continuación, esta forma de *saber hacer allí* que permite investir de nuevos sentidos la propia acción política, a partir de un momento inaugural que estos jóvenes colocan en la llegada de Néstor Kirchner al poder. Así, retomamos la categoría de *saber* post-acontecimiental como un conjunto de criterios de inteligibilidad de lo político que se configura en los propios discursos de los militantes, y que cumplen una función *gnoseológica* (Angenot, 1989), es decir, un modo de concebir lo real que se reafirma intersubjetivamente, que emerge en la ruptura con la doxa de los 90 y que plantea una resignificación de la política. *Saber* que no tiene su origen en el sujeto, que no es puramente cognitivo ni psicológico, sino que más bien provoca un efecto de subjetivación al configurarse en las aperturas que provoca el acontecimiento. *Saber* que constituye paulatinamente un nuevo régimen de verdad, permitiendo la paulatina articulación de un nuevo lenguaje político: el lenguaje de los *derechos*, el lenguaje del *pueblo*. *Saber* que es, él mismo, efecto de un poder, del poder rearticulado en el acontecimiento postneoliberal. ¿De qué se trata este saber, qué objetos particulares emergen en él, sobre qué versan sus principales operaciones discursivas/gnoseológicas? Como veremos en breve: estas formas de saber involucran la redefinición de los alcances de la política, el fin del realismo tecnocrático y -con él- una categorización diferente del tiempo político (en el que se invisten de nuevos sentidos la acción de los sujetos), todos elementos convergentes en función de un lazo colectivo (es decir, de una nueva noción de comunidad política) que se refuerza en un campo concebido como antagónico y que se pregunta permanentemente por la cuestión de la *igualdad*.

Discursividades militantes

Hemos trabajado con las entrevistas realizadas a militantes de agrupaciones kirchneristas que realizan todo tipo de trabajos territoriales: en las universidades y las escuelas secundarias, organizando centros de estudiantes, proyectos de Voluntariado, foros de discusiones, cine-debate, articuladas con el trabajo del Ministerio de Acción Social, con problemas de género o con el fortalecimiento de espacios en barrios populares: *La Cámpora*, *Kolina*, *La Tosco-Montonazo*, *JP Descamisados*, *Kapiango*. Todas toman como líderes a Néstor Kirchner y Cristina Fernández, y admiten, con mayor o menor puesta en discusión, la existencia de “lineamientos nacionales” que corresponden al “proyecto nacional y popular”, como así también la dificultad de desarrollar trabajo político en una provincia conservadora y opositora al gobierno nacional, lo que pone límites a veces a la organización y su capacidad de acumulación.

Para estos militantes, existe una nítida frontera entre el pasado, en el cual la propia acción no podía vincularse a resultados, y el presente, en el que la participación en la política se concibe como un modo efectivo de lograr transformaciones en la sociedad. Los jóvenes refieren a cómo “antes” la acción era puntual y sin expectativas de cambio, “ahora” en el que esta situación se ha modificado notablemente. Esta

posibilidad modifica profundamente la percepción de los alcances de la propia acción e inaugura un horizonte de futuro, y enlaza con la concepción que plantea a la política como un espacio legítimo para lograr transformaciones sociales: *Cuando empecé a militar dentro de lo que eran colectivos barriales no era jamás, no lo pensaba como proyección ni a largo plazo ni a mediano plazo. Era simplemente cambiar el lugar en el cual los vecinos vivían y la creencia de que se podía hacer de forma conjunta, no era otra motivación...de hecho ni surgió la posibilidad de armar el centro vecinal (E1); Venía militando de antes que era bastante complicado, y más allá de por ahí las participaciones esporádicas en distintos lugares...eran épocas completamente distintas y complicadas y mucho más difícil desde el hecho de encontrar espacios donde poder introducirse hasta poder generar un espacio, era totalmente distinto. Hoy por hoy el contexto social político ayuda muchísimo a poder sentirse motivado en esto y a sentir que podés cada vez tener más posibilidades, más herramientas, más espacios... hoy es el momento en el que hay que participar sí o sí... (E1).*

Ese pasado se caracteriza por esa “resignación” a la que alude Lechner, la que también se vincula a la ausencia de un “referente”. Cuando el realismo se impone en función de un conjunto de verdades tecnocráticas, tiende a configurarse una doxa de la “resignación” más que de la “participación”. Como ha investigado este autor, en contextos neoliberales los sujetos expresan con facilidad las quejas, la desesperanza, el miedo a la desprotección, el desencanto, pero encuentran dificultades para expresar sus “sueños”, formular proyectos, imaginarse en el futuro. Esto sucede por la inusitada fuerza de lo fáctico, que es un signifiante central en la hegemonía neoliberal: “a través de una naturalización y absolutización del mercado tiende a congelar el orden existente de las cosas y a censurar toda alternativa”. La relación entre la naturaleza del sistema y el sentido de la propia acción es fundamental: “Una vez que la gente interioriza que su entorno obedece más a equilibrios espontáneos que a regulaciones sociales, la preocupación por el futuro se vuelve irrelevante. ...un orden social que se proclama independiente de la subjetividad no da lugar a aspiraciones. Como mucho, la “lógica del sistema” ofrece espacio a estrategias individuales de acomodo”. La postulación de un orden fáctico es también un efecto de sentido provocado por las transformaciones en los 90 de la topografía discursiva (Angenot, 1989) y el “régimen de verdad”, ya que los lenguajes técnicos y económicos proponen enunciados indiscutibles, cuyos fundamentos son exclusivamente discutidos por los expertos.

Frente a este panorama, característico del neoliberalismo, por el contrario, los jóvenes militantes perciben cambios muy significativos, que invitan a pensar una nueva relación entre la participación y la categorización del “tiempo político”: *proyección, mediano plazo, largo plazo*. El punto que establece la frontera entre pasado y presente, entre un contexto político y otro es la aparición de un líder (lo que equivale a decir: *de un nuevo proyecto político*), que adquiere ese matiz de novedad, de corte con la repetición neoliberal a la que aluden Aznares y Carini: *Se perdió la participación, los espacios de participación política eran gerenciales. Así que fueron más bien años de tirar piedras... éramos autoconvocados, en ese momento éramos nada, los estudiantes o lo que sea...No existían esos espacios...Entonces, pensábamos que ya estaba todo perdido cuando apareció Néstor Kirchner nosotros pensamos que ya estaba, que esto no iba a funcionar nunca (E3).*

La acción militante se inscribe, entonces, en un proyecto de país, en un nuevo verosímil que cuestione los anteriores límites del realismo político, y que pasa de un paradigma de la negación (*no, nada, nunca, todo perdido, ya estaba*) a una afirmación de la acción en el presente: *Creo que hoy hay un proyecto de país que está en marcha, que la situación es muy diferente a los 90 cuando lo veíamos como algo inalcanzable a*

nuestros ideales y hoy el compromiso es mucho más fuerte. No estamos desde un espacio de resistencia (E3). El deíctico “hoy”, elemento central de la enunciación que construye la relación del sujeto que habla con el tiempo, se reitera en todas las entrevistas, y en general aparece asociado a un paradigma afirmativo, y a una cierta prescripción incluso: hay que participar sí o sí, como hemos visto.

La categorización del tiempo incluye una noción de futuro: *Los jóvenes vienen a la política, vienen a irrumpir a la política y no es un slogan, se va a ver de acá a veinte años, este gobierno ha generado bases distintas para el futuro...nos vamos a encontrar de acá a veinte años con una juventud movilizada y en un proceso político que no tiene vuelta atrás... (E2). Y el proceso adquiere a la vez un cierto asentamiento en el pasado inmediato, pues los diagnósticos señalan un crecimiento del saber hacer, de la complejidad de las organizaciones, de su convergencia y de su lógica estratégica de acumulación: Las mismas reuniones políticas que estamos teniendo no se comparan a las de dos o tres años atrás... no había criterios claros, ni objetivos claros, no teníamos un horizonte común, era todo muy difuso y llegar hasta lo que es hoy la mesa Unidos y Organizados, la verdad es que ha sido un paso muy importante en la política y que lo encaren las organizaciones juveniles (E4).*

En el tiempo presente, la acción política anuda: la demanda de igualdad, el desarrollo del saber hacer (es crear, es poder) postacontecimental al que nos referimos antes y un conjunto de rasgos que definen a la *militancia*, como veremos a continuación.

Este saber se vincula con una creencia, una recuperación de la confianza en *esta política*, que se opone a la *mala política* de los 90: *El motivo es eso, poder creer que se puede lograr un espacio mejor para todos igualitario, equitativo... es sumamente necesario, y hoy por hoy tenemos muchas más herramientas que con las que contábamos antes para poder hacerlo (E1).*

El discurso de los militantes realiza un reconocimiento central, estructurador, de una noción de expansión de derechos, noción que implica la construcción de una imagen de comunidad en la que es relevante el Otro aún excluido, cuya mera presencia provoca pasiones y exige reparación: *La base de toda motivación para laburar es donde están los problemas, en donde están la mayora cantidad de necesidades, esto se ejemplifica en cualquier esquina de nuestra ciudad, donde hay un niño pidiendo monedas o limpiando vidrios y del otro lado de la esquina un niño con su familia tomando un helado...si a nosotros eso nos mueve internamente, nos genera bronca, nos genera sentimientos encontrados del hecho de la desigualdad más cruda...ese es el primer motivante que nos lleva a laburar desde las bases, desde los barrios, desde la villa (E2); tenemos un compromiso mucho más grande que es de trabajo diario en todo sentido... estar pensando todo el tiempo como lo vamos a profundizar y cómo vamos a seguir generando derechos, inclusión, trabajo (E3); en esa construcción colectiva de un país igualitario... El objetivo en común en todas las áreas que por ahí abarcamos en la militancia es el hecho de una sociedad un poco más justa (E1). Esta noción de “igualdad” puede ampliarse pues se va construyendo en las relaciones de equivalencias entre demandas muy diferentes, algunos teóricos ven en esta capacidad de desplazamiento metonímico la radicalidad y fortalecimiento de las “voluntades colectivas”, e incluso la capacidad del kirchnerismo para incluir movimientos sociales sin “desactivar” su capacidad contestataria. Así, la fórmula *el Otro excluido* puede definirse como una forma y no una sustancia, forma que nunca será completa pues siempre podrá inscribirse en ella algún nuevo contenido; en principio, la vigencia de esta formulación ha sido muy interpelativa para aquellas organizaciones que, no siendo kirchneristas, han encontrado un reconocimiento de sus derechos (como los colectivos*

de género y la Ley de Matrimonio igualitario) que ha provocado desplazamientos y reformulaciones.

La “inclusión” asume la forma de *derechos*, que aparecen siempre vinculados al trabajo militante, y en particular en quienes militan vinculados al Ministerio de Acción Social, el que ha reformulado las políticas sociales neoliberales focalizadas de los 90 poniendo en el centro la cuestión de la “justicia social” como un asunto en el que el Estado debe intervenir: *Uno de nuestros ejes... es la restitución de derechos, pensar la restitución de derechos como una inversión social y no como un gasto social... el tiempo es un factor que nos permite ir creciendo, llegar con los derechos a más y más gente... Que los que han estado fuera del sistema puedan legalizarse. ...Legalizarse, con todo lo que eso significa, desde poder llevar un chico al médico o de poder jubilarse o de poder facturar... y los talleres familiares, para poder producir... No íbamos a seguir entregando bolsones a mercenarios para que sigan haciendo política con la pobreza.... Tampoco vamos a destruir las organizaciones sociales dentro del tejido comunitario sino que las vamos a fortalecer, pero tampoco queremos tener comedores, queremos que los chicos coman en la casa, no queremos repartir bolsones, no queremos tener cajas, queremos desarmar todos esos programas que había y ... aumentamos las capacidades de las personas que trabajaban en las organizaciones, y les generamos las condiciones edilicias e institucionales para que puedan realmente encarar otro proyecto, cambiar el paradigma de las políticas sociales... (E3).*

En este contexto, la “militancia” se define como una acción compleja, capaz de modificar tanto al sujeto que la realiza como a sus destinatarios, orientada a la igualdad y el reforzamiento de lo colectivo, sostenida en un complejo proceso de aprendizaje que involucra diferentes dimensiones (personal, histórica, política, institucional), reparadora en la medida en que propone la recuperación de la creencia en la “buena política”. Así, los jóvenes jerarquizan ciertos significantes fundamentales en su reflexión en torno a la militancia.

En primer lugar, militar es “transformar la realidad”, aún en el contexto inmediato del territorio en el que se vive: *La militancia de base, la militancia barrial es fundamental...para poder llevar ... de una vez por todas el proyecto nacional y popular tenga su representación en Córdoba, eso es lo que verdaderamente va a transformar la realidad de los jóvenes, es la única forma de que los jóvenes se acerquen a la política ...Hacer un trabajo de base serio, y entender que ningún militante del proyecto es vanguardia de nada acá, simplemente puede aportar su grano de arena para que mayor cantidad de jóvenes y mayor cantidad de pueblo se acerque a la política (E2).*

En segundo lugar, es recuperar la “buena política” frente a la “mala política” de los 90 (oligárquica, clientelar, de derecha, de punteros), la que sólo puede hacerse a partir de un trabajo de base asentado en vínculos de solidaridad: *Es la recuperación de la política de base, la recuperación del trabajo de base tan desprestigiado por los llamados punteros políticos... (E2); El sentido profundo es poder brindar mínimos elementos de organización popular... hay algo que hay que recuperar en la población es la confianza, es la confianza, porque cuando alguien se acerca e intenta hablar de política con una población que ha sido usada... como moneda de cambio o como burro de carga...(E2).*

En tercer lugar, y como ya hemos señalado, implica un proceso de aprendizaje, la construcción de un saber: *Muchos de nosotros, me incluyo, muchos de los jóvenes que estamos iniciados en este camino, se han iniciado sin saber, sin la continuación...entonces los acercamientos y el crecimiento que vos tenés como persona y maduración de los jóvenes dentro de la política (E2); Las discusiones políticas que*

nosotros mantenemos constantemente es ese pilar estratégico que es la formación política, no queremos que los pibes hagan las cosas por qué sí o porque les gusta simplemente, sino tratar de que conozcan el fondo de la cuestión, de qué se trata todo esto (E4); Tratamos de tener una mesa... que tuviese que ver con la formación política, la capacidad de análisis político... (E4).

El “territorio” es otra dimensión muy relevante. Es el lugar de los vínculos solidarios y de la acción concreta: *Si uno levanta las banderas de Perón y de Evita, y no va adonde están las necesidades y no coordina sus militancias desde las necesidades del pueblo uno está siendo adherente... se pierde, se desvanece si no coordina su militancia para y desde el desarrollo territorial, el desarrollo barrial, la construcción popular (E2); Hay mucha militancia... hay mucha gente laburando anónimamente en los barrios, cuando uno se mete se empieza a dar cuenta de que no está solo, de que no es una bala perdida, sino de que hay que reconstruir los lazos sociales de la población... para volver a tener confianza” (E2); El territorio forma parte de los procesos de construcción colectiva con los vecinos. Nosotros vamos, apuntalamos, empoderamos, pero tratamos de trabajar sobre todo las propuestas de los vecinos (E5). Exige compromiso y no consiste en una acción esporádica ni neutra: La decisión de la militancia es de 24 horas, lo es en su familia, lo es en sus barrios, lo es en su casa, lo es en su Facultad, lo es en su trabajo también, no es que el militante es un loro que repite y defiende a muerte cosas sin saber ... la discusión política se da desde comiendo con tu familia, yendo a comprar en el negocio de la esquina, realizando hechos concretos y básicos desde los barrios... genera un mínimo avance porque la gente por lo menos habla de política, la sociedad vuelve a creer en la política como herramienta de cambio, ya sea en contra de este gobierno o a favor, pero hay discusión, algo que se había perdido del todo... (E2).*

Finalmente, la militancia genera “comunidad política” y combate el individualismo característico de las décadas anteriores: *Nosotros debemos brindar herramientas para transformar culturalmente la sociedad... poder cortar con el individualismo, poder generar espacios comunes de discusión de los vecinos, para los vecinos, eso es política, eso es transformación... rompés con algo básico: “yo pienso en lo mío”, “yo pienso en mi familia”, “si yo me salvo, lo demás no me interesa”, rompés con ese individualismo que es antinatural en el ser humano y hacerlo desde la política te genera herramientas futuras (E2).*

“Militar” es una forma de participación política que no emerge en cualquier democracia, como ya lo ha demostrado María Susana Bonetto, ni en una sociedad neoliberal ni en una democracia republicana. Exige unas condiciones de posibilidad que den lugar a acciones más solidarias que individualistas, orientada a restituir vínculos solidarios y no a remarcar la brecha entre “ganadores y perdedores”, centrada en la demanda de igualdad, justicia y derechos, interpelativa frente a poderes y corporaciones instituidas, comprometida en el tiempo. Disputa permanentemente frente a las retóricas antipolíticas del neoliberalismo, ordenamiento al que el kirchnerismo sistemáticamente impugna en nuestro país. Así, sus operaciones se orientan a enfatizar la capacidad de transformación de la política, a defender la posibilidad de los proyectos y demandas colectivas (un nuevo saber hacer que surge en la discusión de los límites de la política, y la refutación al realismo tecnocrático), a provocar la apertura de una temporalidad vinculada al futuro (un tiempo político en el que la ruptura hace posible la emergencia de lo nuevo), y estos tres ejes son justamente los que predominan en el reconocimiento⁶

⁶ “Reconocimiento” tal como lo define E. Verón, como el campo de efectos de sentido que pueden existir en la recepción respecto a un discurso en producción –con el desfase constitutivo que esto implica–, no como pura

de los “militantes”, lectura en la cual la acción de cada sujeto se “semantiza” de modos novedosos, involucrando a la vez dimensiones simbólicas, institucionales y subjetivas⁷.

Bibliografía

- ANGENOT, Marc (1982) *La Parole Pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Payot, París.
- ANGENOT, Marc (1989) *Mil huit cent quatre-vingt-neuf: un état du discours social*, Éditions de Préambule, Montréal.
- ANGENOT, Marc (2010) *El discurso social*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- AZNARES CARINI, Gala y VARGAS, Mercedes (2012) “Populismo y subjetividades. La construcción de un saber hacer en el proyecto nacional y popular”. En: BARROS, Mercedes, *Escritos K*, Eduvim, villa María.
- BALSA, Javier (2011) “Aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía”. En: revista *Identidades*, año 1, N° 1, Instituto de Estudios Políticos y Sociales de la Patagonia.
- BARROS, Mercedes et al. *Escritos K*. EDUVIM, Villa María, 2012.
- BECCARIA, Luis et al. *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Biblos, 2002, Buenos Aires.
- BIGLIERI, Paula y PERELLO, Gloria (comp.) *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*. UNSAM, 2007.
- CREMONTE, Juan Pablo (2008) “Estilo de época y comunicación mediática”. En: RINESI, Eduardo et al (comps.) *Si éste no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*, Universidad Nacional General Sarmiento, General Sarmiento.
- DURAN MIGLIARDI, Carlos. “El acontecimiento estudiantil y el viraje del proceso sociopolítico chileno”. *OSAL*, Buenos Aires, CLACSO, Año XIII, N 31, mayo 2012.
- GOMEZ LEYTON, Juan Carlos (2010) *Política, democracia y ciudadanía en una sociedad neoliberal. Chile, 1990-2010*. Editorial ARcis-Clacso, Chile.
- LANDI, Oscar (1998) *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Punto Sur, Buenos Aires.
- LECHNER, Norbert. *¿Qué es el realismo en política?* Catálogos, Buenos Aires, 1987.
- LECHNER, Norbert. “Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo”. Mimeo, Jornadas CLACSO, CEA, UNC, Córdoba, 1993.
- LECHNER, Norbert. “Desafíos de un desarrollo humano: individualización y capital social”. En: KLIKSBURG, Bernardo, *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, FCE, 2000, Buenos Aires.
- MAURO, Sebastián y SLIPAK, Daniela. “Blumberg, la gente y el vínculo representativo. Liderazgos de opinión en la democracia de audiencia”. Congreso Nacional de la SAAP, Córdoba, 2005.
- MUÑOZ, María Antonia. “Conflicto político y nuevos protagonismos democráticos. Estudio de caso, “la cuestión piquetero””, *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*. 2008.
- MUÑOZ, María Antonia y RETAMOZO, Martín. “Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de “pueblo” en la retórica de Néstor Kirchner”. *Revista Perfiles Latinoamericanos*, 31, enero-junio 2008.
- MUÑOZ, María Antonia. *Sísifo en Argentina. Orden, conflicto y sujetos políticos*. EDUVIM y Plaza y Valdés Ed., Villa María, 2010.

reproducción de un “discurso otro”. Las gramáticas de reconocimiento implican también efectos de poder, en la medida en que un discurso B evidencias huellas de un discurso A, en el marco de una teoría del proceso de producción social del sentido como no lineal, es decir, en el marco de una teoría de los discursos sociales entendida como un conjunto de múltiples empalmes y reenvíos (ternarios) en los que los objetos se reformulan de modo dinámico y contingente, en los límites de una relativa estructuralidad de los sentidos.

⁷ El sentido involucra un conjunto de tensiones que caracterizan a un discurso social dicotomizado; los significados de la *política*, la *militancia*, etc., son permanente discutidos a lo largo de todo el *rumor social*. De modo que mientras algunos jóvenes se vinculan a este proceso de “re-encantamiento” otros mantienen intactas sus retóricas y prácticas fuertemente antipolíticas. Que el *adolescente* además participe en política es un tema muy cuestionado: se discutió la ley que otorga opción de voto a los 16, y lo discuten los chicos en escuelas secundarias, entendiéndolo en muchos casos más que como un “derecho” un acto de clientelismo, o una acción impertinente que debería ser reservada para los “más grandes”.

RINESI, Eduardo (2001) “Recuperar la política”. En: revista *Venado Tuerto*, lote 48.

RINESI, Eduardo (2011a) “Eduardo Rinesi: Es un buen momento para promover el debate”. En: Revista *Digital Cabal*, N° 164.

RINESI, Eduardo. “Notas para una caracterización del kirchnerismo”. En: Revista *Debates y Combates*. N 1, Año 1, 2011, Buenos Aires.

SARLO, Beatriz (1992) “Estética y política: la escena massmediática”. En: SMUCHLER, Héctor (coord) *Política y comunicación. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?*, Catálogos editora, Córdoba.

YABKOWSKI, Nuria. “Las transformaciones del sujeto político en la Argentina democrática”. Revista *Temas*, N 50-51, abril 2007.

VERON, Eliseo (1987) *Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Hachette, Buenos Aires.

VERON, Eliseo (1987a) “La palabra adversativa”. En: *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*. Hachette, Buenos Aires.

“La militancia es una mala noticia”, Página 12, 15/03/2012.

“El renacer de las juventudes militantes”, La Nación, 15/05/2011.

“Los jóvenes k, en expansión y con poder tras la muerte de Néstor”, La Nación, 23/10/2012.